

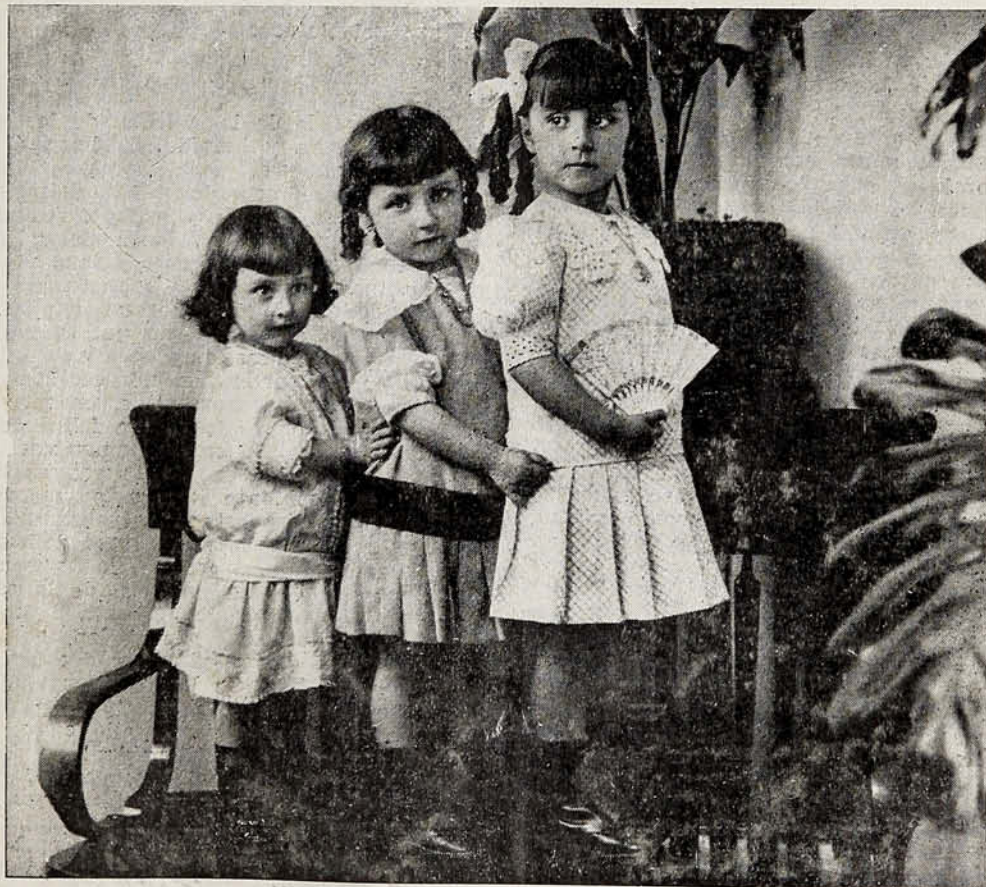


Núm. 345
EMPRESA
"ZIG-ZAC"
TEATINOS 666
—
SANTIAGO
*
Subscripciones:
1 año..... \$ 4.50
6 meses 2.50
Extranjero:
1 año \$ 6.50
—
Núm. suelto:
10 centavos



EL PENECA

R.H.



Eugenía, Amanda y Olguita Bezañilla Brack.

EL PENECA

EDITORES PROPIETARIOS EMPRESA "ZIG-ZAG", TEATINOS 666.

Año VII

Santiago de Chile, 28 de junio de 1915

Núm. 345



EL RECUERDO

Cada cual, en lo más honndo de su espíritu, guarda, como preciada reliquia, algún recuerdo de un hecho feliz que ya pasó o de un sér querido, que la mano fría de la muerte se ha llevado...

Y ese recuerdo, cuidado amorosamente, crece en las almas como una flor benéfica, cuya corola se abre con maravilloso esplendor a medida que las tristezas de la vida desatan sus brumas y lanzan sus torbellinos de vientos en desorden.

Y el recuerdo, hecho flor en el fondo del alma, esparce un intenso perfume de consuelo, perfume que en medio de las angustias del vivir, es como un supremo estímulo, baluceado por el inefable idioma de un espíritu ausente o de un hecho lejano...

Y el recuerdo no sólo es flor que da perfume; también es luz, y alumbra.

En ciertas almas constantemente atormentadas por íntimas agitaciones y en las cuales el Dolor ha descendido como una noche fría y negra, el recuerdo florece gloriosamente, como una suave flor de luz, como una inefable aurora boreal, que llega a romper con su sonrisa blanca la pavorosa oscuridad de la tristeza.

El Recuerdo es la luz con que el Pasado alumbra nuestros pasos al través del Presente.

Y es, en lo más íntimo de nosotros mismos, la voz inefable con que nos siguen hablando, desde el hondo misterio de ultratumba, los séres más queridos que dejaron la vida, pero que viven en nosotros, gracias a la fuerza del recuerdo!

El Recuerdo y la Esperanza son las dos grandes luces que iluminan la vida.

El Recuerdo y la Esperanza son las dos grandes luces que iluminan la vida.

El Recuerdo habla del Pasado; y la Esperanza del Futuro.

Hoy, a través de la niebla de los años, se destaca pura y límpida, tu imagen, madre mía, alumbrada por la lumbre del recuerdo; por ese recuerdo que es en mi espíritu como una estrella eternamente luminosa, eternamente blanca, eternamente pura; y que alumbra mi vida con sus rayos de luz, ya que tna temprano me faltaron las dulces claridades de tus amorosas pupilas.

El recuerdo es la voz con que tú me hablas; y tus palabras, impregnadas de divinos consejos, vierten en mi corazón una lluvia de dulzura inespresable, en mi corazón atormentado por la ráfaga febril de todos los anhelos humanos o imposibles!...

Y a través del recuerdo te acercas hasta mí, con el semblante iluminado por todas las bondades, dispuesta a escuchar mis súplicas y a calmar mis ardientes delirios.

Oh! madre mía, vierte en la tormentosa agitación de mi alma un poco de la calma suprema de que tú gozas; borra de mi espíritu la sombra que dejan las continuas preocupaciones que la vida me ofrece, y has descender ese benéfico hábito de paz espiritual, que tanto necesita mi corazón inquieto... Ruega por nosotros allá en el santuario inmenso de la Eternidad!

Ruega por mí y por ella, por esa alma tierna y dulce, que te ama sin haberte conocido y que en este momento de supremas angustias, une sus plegarias a las mías, para que en una misma exhalación de amor alcancen hasta tí!

B. O. M.

Junio 17 de 1915.



Las travesuras de Friquet



1. Friquet fué expulsado del colegio por ocho días, a causa de su mala conducta. En la casa, su papá lo recibe con un sermón lleno de severidad y lo amenaza seriamente.



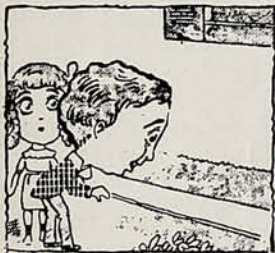
2. Por fortuna, Lillina, la hermana menor de Friquet, también ha llegado, pues la directora del colegio en que estudia les ha conseguido un día de descanso por celebrar ella su cumpleaños.



3. Los hermanitos se abrazan efusivamente, muy contentos de volverse a ver; y como Friquet aún no ha olvidado la reprimenda paterna, quiere distraerse y olvidar...



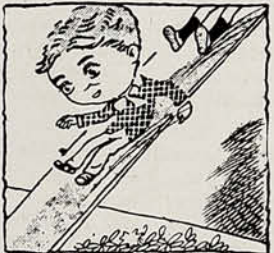
4. Para lo cual convida a su hermanita al jardín, para jugar un poco. —¿A qué jugaremos? — pregunta Lillina.



5.—Ya lo veremos, responde Friquet, dirigiéndose a tomar una tabla que acaba de ver.—Si nosotros afirmáramos un extremo de esta tabla en una ventana...



6. tendríamos en el acto la instalación de una "montaña japonesa" y nos podríamos divertir bastante.



7. Así se hace. Los muchachos se suben a la ventana, y desde allí se dejan resbalar impávidamente por la tabla hacia el jardín.



8. Este ejercicio lo repiten una docena de veces. Los pantalones en la parte correspondiente... y Lillina troza sus vestidos...



9. El ama, que ha visto tales ejercicios, pone fin a aquello. Conduce a los niños al comedor y les recomienda mucha compostura, pues hay un invitado.



10. Es un amigo de la casa, el señor Buenhumor, un hombre a quien su abultado vientre obliga a marchar con solemnidad.



11.—¡Oh! dice Friquet, ese señor me ataca los nervios. Y luego, acercándose a Lillina, agrega: ¿Si lo encerráramos en la bodega?



12. Pero el ama los saca a tiempo del comedor y Friquet y Lillina van al patio a reírse a sus anchas.

LA GRUTA DE LAS HADAS

(Versión de Mágister.—Continuación)

Vivía en la aldea cercana una mujer viuda que tenía siete hijos, y que a duras penas podía ganarse el sustento. Ella oyó hablar de la aventura de Marcos y pensó en hacer otro tanto.—¿Cómo me las arreglaría para llegar hasta allá?—pensaba con cierto desconsuelo.—Y si las hadas no me socorren—continuaba—seguramente mis hijos morirían de hambre. ¡Si supiera el camino que conduce hasta la gruta!

Un día, sin embargo, a pesar de su desconfianza, se encaminó al lugar donde, según decían, se encontraba la gruta famosa.

A poco andar, se encontró frente a unas rocas de extraño aspecto, y creyendo que ese era el sitio que buscaba, golpeó con cierto temor.

Al cabo de un momento de expectativa, vio

cuanto llegó se encontró con la vieja portera.

—Buena señora—preguntó entonces la viuda—¿ha hablado por mí?

—Sí—repuso ésta—he aquí una torta que me han ordenado entregarle, y la que se la envié desea hablarla.

—Bueno, lléveme a su presencia, para poderle dar personalmente mis agradecimientos.

—Por hoy es imposible; será mañana, a esta misma hora; pero sea puntual.

Pero, al darle la torta a la viuda, la portera de las Hadas se había olvidado de recomendarle secreto y encargarle que no fuera a contarle a nadie lo sucedido.

Así fué que, en cuanto llegó a la aldea, la viuda contó a los vecinos lo que le había ocu-



Se encaminó a la gruta

venir del interior de la galería de piedra, una vieja, que hacía las veces de portera, y que llevaba en la mano un manojo de llaves. Esta vieja era de un aspecto sumamente raro y estaba toda cubierta de musgo, como las rocas cercanas a la humedad. Parecía tener más de mil años.

—¿Qué quiere usted, mi pobre mujer?—preguntó.

—Un poco de pan, por caridad, para mis hijos.

—Yo no soy el ama de aquí,—repuso la vieja,—yo no soy más que la portera; pero vuelva mañana, que yo le prometo hablar por usted.

La viuda se retiró. Se fué a un pueblo a vender algunas frutas que había cogido, y de ese modo logró reunir un poco de dinero para llevarles algo que comer a sus hijos.

Al día siguiente fué de nuevo a la gruta. En

rrido, y llena de alegría exclamaba:

—¡Miren qué torta más hermosa y más rica me han regalado las Hadas!

Entonces todos los vecinos acudieron llenos de curiosidad a ver el regalo, y, como cada uno quería probarlo, la torta se acabó muy pronto.

Al día siguiente la viuda no quiso ir a coger frutas para venderlas, pues creía que las Hadas le darían otro regalo.

A la misma hora de la víspera, volvió a la gruta. La vieja portera, haciendo sonar sus llaves, le abrió la puerta, y entonces apareció una bella dama, que dijo a la viuda:

—Y bien, buena mujer, ¿has encontrado mi pan de tu gusto?

—¡Oh, sí, señora, y yo se lo agradezco con todo mi corazón!

—Pero no te ha durado mucho tiempo—agregó el Hada.

LA GRUTA DE LAS HADAS

—Es verdad; todos los niños y todos los vecinos querían comer, y en poco tiempo se acabó.

—Entonces te voy a dar otra torta—dijo el Hada—pero la economizarás y no lo harás co-



—Yo no soy más que la portera

mo con la anterior; además, es preciso que la lleves bien envuelta, a fin de que ninguna persona se dé cuenta de ello; si así lo haces, y te encierras en tu casa para comerla únicamente

El Hada prosiguió:

—Yo tengo cuatro vacas y necesito una cuidadora para que las lleve a comer al campo. Prométeme que uno de tus hijos vendrá a cuidarlas durante todo el día; y si esto lo cumples, nada te faltará.

—Pero, señora,—preguntó la viuda—¿dónde están esas cuatro vacas? Yo jamás las he visto. ¿A dónde las irá a buscar mi hijo?

—Las encontrará en el campo todos los días a las siete; allí las cuidará hasta la noche.

Así quedó convenido. Y desde el día siguiente, la mayor de las hijas de la viuda, que tenía doce años, iba a cuidar las vacas de las Hadas.

Los animales pastaban tranquilamente, ya en un potrero, ya en otro; y cuando los campesinos veían a las muchachas cuidando las vacas y le preguntaban:

—¿Qué haces, pequeñuela?

La muchacha respondía muy tranquila:

—Yo cuido las vacas de las Hadas.

—¿De las Hadas? ¿Y dónde están las Hadas, que no se les ve en ninguna parte?

Y se reían de buena gana, pues creían que la pequeña se había vuelto tonta.

Pero la niña no les hacía caso y seguía en



Todos querían probar la torta

con tus hijos, te durará largo tiempo y se conservará siempre fresca; pero guárdate bien de no dar ni el más insignificante pedazo a un extraño, porque entonces se acabará al momento, como sucedió ayer.

su labor, y de esa manera en su casa siempre tenían qué comer, pues las Hadas les enviaban a diario las provisiones.

(Continuará).



Tamberlick, cantor callejero



1. Tamberlick fué un tenor famoso hace algunos años. Ganaba sumas considerables. Los príncipes lo invitaban a sus cortes y era objeto de la admiración general. Tenía casa propia, castillo en el campo y carroza.



2. Fué uno de esos hombres más ricos y más festejados de su época, y los más grandes señores tenían a honor cultivar su amistad. Un día, en París, pasando por una calle apartada.



3. vió cuatro músicos ambulantes cantando muy mal, pero muy mal, el fin de una escena de ópera. Se acompañaban con una guitarra dislocada, y no quitaban los ojos de los balcones cercanos, para ver si alguien se asomaba a arrojarles un poco de dinero. Pero cantaban sin resultado. El gran tenor tuvo piedad de ellos.



4. Se acercó al que hacía de jefe y le dijo: —Dejadme hacer a mí. Y cantó, cantó como él sabía cantar, y su voz magnífica tuvo mil armoniosas repercusiones lejanas.



5. Todas las ventanas se abrieron y una lluvia de monedas cayó a la calle. Los pobres músicos no daban crédito a sus ojos. Tamberlick les dijo: —Recojed el dinero y marchaos sin novedad. Y, al decir esto, se fue a su vez.



6. Los músicos recolectaron de ese modo cincuenta y cinco pesos! Es fácil imaginarse el júbilo de los desdichados. Al día siguiente se hicieron dar la dirección del gran tenor y se presentaron a su casa.



7. —¿Qué quieren ustedes? preguntó el portero. —Saber si el gran tenor quisiera cantar con nosotros esta tarde. El portero llevó el recado a su amo. Tamberlick se echó a reír. —¡Ah! ¡no! Eso sólo es bueno para una vez.



8. Los músicos se retiraron muy contrariados. Y tuvieron que contentarse con seguir ganando diariamente de dos a tres pesos, cuando mucho. Entonces el jefe tuvo una idea:



9. Escribió un letrero con grandes caracteres: "Nuestro camarada Tamberlick se encuentra enfermo. Lo reemplazará el señor Ravioli". (Ravioli era otro tenor célebre). De esta manera—se decían los músicos—la gente creerá que nuestra compañía es una gran cosa.



10. Los transeúntes se detenían delante de aquel curioso letrero. Y, precisamente, el tenor también pasó por allí en el momento en que los músicos discutían con el público. —¡Terminad de una vez con esta farsa! ordenó. Los verdaderos artistas tienen charlatanes.

MISCELANEA

EL REGALO

(Versión de Magister)

Rodolfo V, rey de Bersacia, tenía dos hijas: las princesas Bathilda e Isabel. Bathilda, la mayor, era de una belleza extraordinaria, con sus largos cabellos negros y sus grandes ojos oscuros, cuyo mirar tenía diamantinas fulguraciones. Pero era altanera y orgullosa como nadie. Su hermana menor, al contrario, más tímida y más recatada, era la modestia y la bondad en persona.

Cuando las dos princesas se encontraron en edad de contraer matrimonio, su padre dió grandes fiestas, a las cuales fueron invitados todos los príncipes que reinaban entre los países vecinos. Entre ellos se encontraba el joven rey de Sormanía, Gustavo III. Este soberano no prestó ninguna atención a la dulce Isabel, pero fué inmediatamente cautivado por la imperiosa belleza de la altanera Bathilda.

El príncipe pidió la mano de la joven al rey Rodolfo V. Pero antes de resolverse, el buen rey quiso saber la respuesta de la propia hija. La orgullosa princesa rehusó de lleno la alianza que se le ofrecía, pues encontraba poco el rango de príncipe que ostentaba Gustavo III; y quería casarse con el hijo del emperador de Termaña, país al lado del cual la patria de Gustavo se veía minúscula y su rey aparecía insignificante, en su capital que, comparada con la del imperio, quedaba tan chica como una aldea.

Sin embargo, a instancias de su padre Rodolfo V, Bathilda consintió en desposarse con Gustavo III. El matrimonio quedó concertado y debía verificarse dentro de cierto tiempo que el rey fijó. Gustavo entonces partió para su patria y en cuanto llegó, despachó un emisario que llevaba una carta y una caja a la princesa Bathilda.

Esta abrió la carta y leyó lo siguiente: "Querida princesa: espero que recibirá favorablemente este modesto regalo que le envió con el mensajero".

La joven abrió entonces con impaciencia la caja y se quedó muy sorprendida al encontrar en su interior sólo un huevo, de hierro y de tamaño un poco más grande que el de los naturales.

Creó que su novio quería burlarse de ella y acogió friamente el regalo. Después, para aplacar su vanidad herida, hiriendo ella a su vez, encerró el huevo en la misma caja en que había sido traído y lo hizo llevar a la habitación de su hermana Isabel. Esta, se quedó también muy sorprendida al recibir un regalo que no esperaba; pero lejos de irritarse, como le había pasado a su hermana mayor, examinó detenidamente el huevo que se componía de dos partes. Pronto dió también con el pequeño resorte que ponía aquellas dos partes en movimiento, y encontró en el interior un segundo huevo; pero este era de plata. Abierto a su vez, dejó ver un tercer huevo, todo de oro cincelado; y este llevaba en su interior una preciosa sortija adornada con una magnífica esmeralda. Ma-

ravilada ante este regalo verdaderamente real, Isabel creyó que era su hermana la que se lo enviaba, y se dirigió a sus habitaciones para darle los agradecimientos.

La altiva princesa sintió una pena muy grande al ver que únicamente por su negligencia había perdido aquel precioso regalo de su novio; pero cegada por su orgullo, no quiso revelar la verdad y dejó que su hermana siguiera creyendo lo que hasta allí había creído, y recibió con fingida modestia los agradecimientos que ésta le tributó.

Isabel puso la sortija en uno de sus dedos y la llevó siempre allí.

Algún tiempo después, como el plazo fijado para la realización del casamiento ya había llegado, Gustavo III hizo un viaje a Bersacia. Había sido dolorosamente impresionado por la



Isabel y Bathilda

fría misivo con que Bathilda le anunciaba haber recibido el regalo; y esta impresión hizo aún mayor al ver que la sortija, en vez de encontrarse en la mano de su novia, era llevada por la hermana de ésta. Entonces pidió explicaciones de este hecho a las princesas. Isabel contó lo que ella sabía, esto es, declaró que aquella sortija le había sido regalada a ella por su hermana.

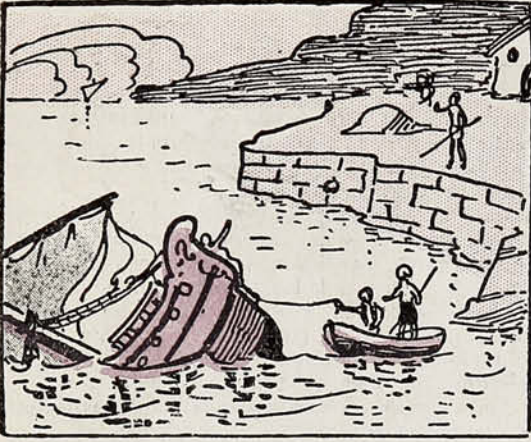
Al través de aquellas confusas declaraciones, Gustavo entrevió todo el orgullo que latía en el espíritu de Bathilda y al mismo tiempo observó la encantadora modestia de Isabel. Y resuelto a poner remedio al mal, declaró al rey Rodolfo que ya no se casaba con Bathilda, sino que solicitaba la mano de Isabel.

El viejo monarca creyó que el joven se había vuelto loco; pero el príncipe le expuso sus razones y el rey entonces quedó convencido.

Interrogada la princesa Isabel acerca del asunto, dijo que se consideraría muy feliz siendo la esposa del príncipe.

Bathilda, cuyo orguloso había exasperado con este hecho, se negó a presentarse a las fiestas con que se celebró aquellas bodas, que inició la felicidad de los esposos.

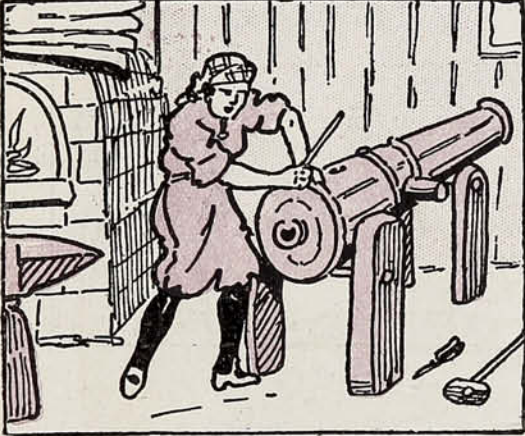
ORLANDO EL HERRERO



1. Esto sucedió en la época durante la cual los turcos hacían frecuentes desembarcos en las costas españolas. En estas costas había un pequeño puerto de pescadores, donde toda la gente era muy trabajadora. Un día, los restos de un navío encallaron en esa playa.



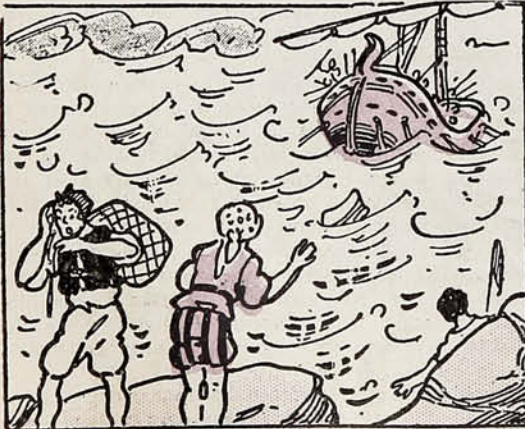
2. Los pescadores pudieron sacar entonces diversos objetos, entre ellos, arneses de guerreros y un viejo cañón en muy mal estado. Resolvieron vender todo eso; pero el herrero del pueblo, un viejo soldado llamado Rolando...



3. ...reclamó el cañón para sí. Esto lo había hecho, impulsado por una generosa idea; quería componer el cañón para responder, en los días brumosos, a los cañonazos de los navíos en peligro y señalarles la dirección del puerto, pues en la costa no había faro.



4. En vez de aplaudir esta idea, los pescadores, más ambiciosos y caritativos, se burlaron del herrero, y de buena gana le habrían robado aquel tubo de bronce, a no ser porque había sido sólidamente colocado entre unas rocas.



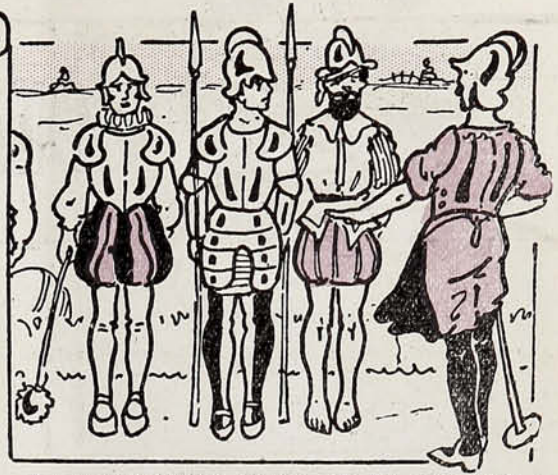
5. Unos cuántos días después, en ocasión de un violento temporal, divisaron a lo lejos un gran buque turco lleno de soldados, que marchaba hacia el puerto indefenso.



6. Toda la población, espantada, iba a huir, cuando Orlando se presentó delante de ellos y les dijo:—Permitiremos nosotros que los infelices desembarquen en nuestras costas? El mar está muy agitado y antes de poder llegarse hasta aquí, necesitarán dos días.



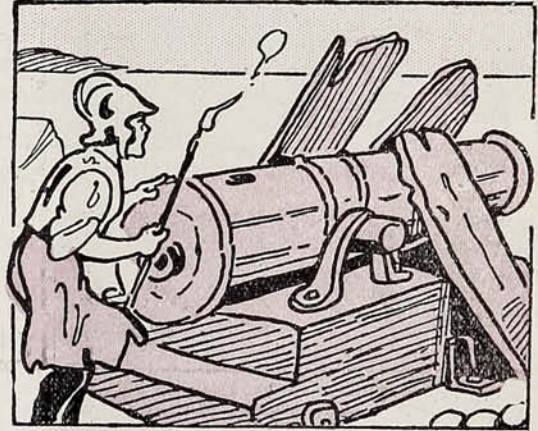
7. ¡Fabriquemos armas! ¡Preparemos el cañón! ¡Defendámonos como buenos españoles! Y el valeroso Orlando, con los fierros que había sacado del buque náufrago, se puso a la labor. Como faltara el metal para el cañón, arregló proyectiles de piedra.



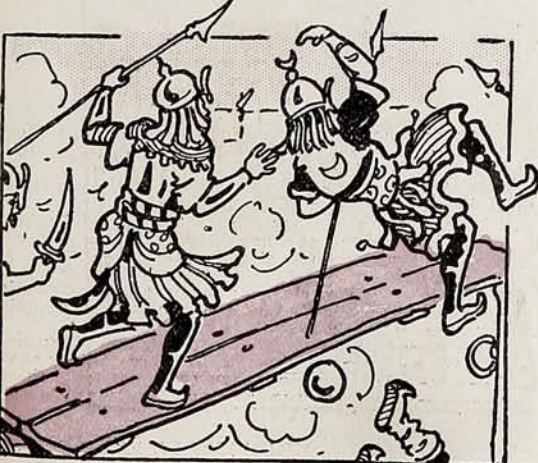
8. Los arneses de guerra que también habían sacado del buque náufrago, fueron hábilmente arreglados, y los habitantes, de pescadores se convirtieron en soldados, gracias a la energía de Orlando.



9. Y, tal como el herrero lo había predicho, de allí a dos días, el navío enemigo comenzó a acercarse resueltamente a la entrada del puerto. Orlando los dejó acercarse,



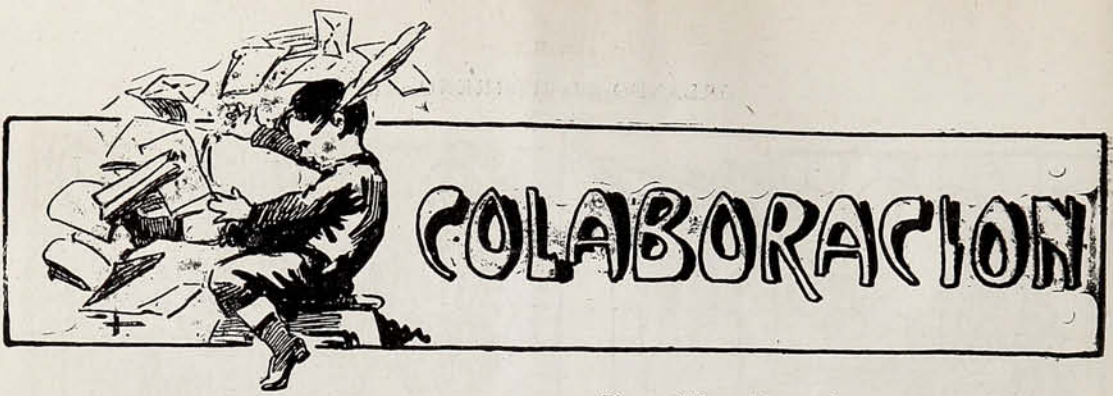
10. y cuando estuvieron a buena distancia para no errar el golpe, encendió la mecha y disparó certeramente contra la nave.



11. El destrozo que causaron las piedras vomitadas por el cañón, fué terrible. Los turcos, al encontrarse con tan inesperada y enérgica resistencia, huyeron despavoridos,



12. y entonces los pescadores, que antes se habían burlado del herrero, reconocieron la razón de éste, al tratar de arreglar el cañón, y desde entonces le ayudaron con entusiasmo sincero.



¡VELA TAMBIEN POR MI!...

(A la memoria de la señora Verónica Martínez de Oviedo)

Hace ya ocho años que descansas bajo el helado mármol de la tumba; mas tu recuerdo, que en las almas mora, nunca de ellas se borra... nunca... nunca!...

Hace ya ocho años que te fuiste: fué en una noche tempestuosa y fría en que rugía el aquilón bravío y la lluvia a la tierra descendía...

Te fuiste de un hogar donde reinaba unión, ventura, paz y un amor santo; de un hogar do tus hijos cultivaban el ejemplo, sin par, de tu virtud.

¿Por qué te fuiste, madre cariñosa?... ¿A qué cielos lejanos e ignorados volviste la mirada?... ¿Por qué te fuiste de tu hogar risueño y dejaste en amargo desconsuelo a tus hijos amados?...

Y ahora, ¿dónde habitas?... ¿En qué mundos?... ¿Tal vez en un hogar tan venturoso, bajo cielos sonrientes y serenos?...

Sí... estás allá, en la región excelsa de la altura; allá donde es eterna la ventura; donde hay eterna paz y eterno amor...

Sí... allá, estás en la patria verdadera; allá te llamó Dios, junto a su trono; estás allá, velando en esa altura, el difícil camino que recorren tus hijos en la vida...

¡Oh, qué triste y qué larga es la jornada en el desierto inmenso de la vida, si llevamos el alma entristecida con el recuerdo de la madre amada que partió para nunca más volver!...

¡Oh, qué triste es llorar sin que una mano enjuge nuestras lágrimas dolientes; oh, qué triste es llorar sin que sintamos en nuestros labios, trémulos de frío, el beso maternal, ósculo santo, ósculo bienhechor de consuelo infinito...

¡Oh, tú que estás allá en la altura, junto al augusta trono del Eterno, vela siempre por ellos, siempre, siempre, que es muy larga y difícil la jornada...

Vela también, por mí, yo te lo pido; yo que voy caminando por la vida en pos de un Ideal, de una Quimera. ¡Vela, también por mí, desde la altura!...

BRISA

Santiago, 17 de junio de 1915.

SONETO

(En el 8.º aniversario del fallecimiento de la señora Verónica Martínez de Oviedo)

Sobre tu losa humilde y sacrosanta
vayan como palomas mensajeras
mis bendiciones dulcidas y santas
empapadas en lágrimas sinceras.

Mi corazón, conrito, pasionario,
que ama la luz, las musas, las bellezas,
quiere adornar tus restos solitarios
con el pompón liliar de sus tristezas.

Tú, que disfrutas de tranquilos sueños
y estás con Dios gozando sus venturas
y rodeada de arcángeles risueños,
pídelo a **EL**, en su mansión secreta,
que convierta en placeres mis venturas:
¡son tan grandes las penas del poeta!

FRANCISCO A. LIRA D.

DOLOR

A Benjamín Oviedo Martínez, en memoria de su buena madre)

I

Grande debe ser tu dolor, joven poeta, de alma delicada y tierna, al recordar a la que te durmió en sus brazos.

Grande y justo, puesto que el único amor, el más santo, es el de la madre.

Para darte una idea de lo que sé del amor a la madre; voy a contarte algo mío, ya que estamos en iguales condiciones.

Un día fatal le tocó el turno a mi madre. Enfermó la pobrecita, su mal no tuvo remedio y murió. Entonces fué cuando más la amé. Sin ella, el mundo me parecía un desierto.

Hace muchos años y no la he olvidado; por eso es que comprendo tu dolor y quiero que sepas que yo te ayudo a sentir y rogar; que es justo rogar que una madre vaya al cielo, y estád seguro que desde allá ella vela por ti.

GALERIA DE PENECAS



Carlos A. Contador Bertrand.

EMILIANO D'ALENCON G.

TRISTEZAS

(Para Marifita M.)

Es una tarde fría y triste de Otoño.

Estoy en mi hogar paterno, en mi alcoba que me presenta el contraste con el tiempo; la Naturaleza parece llorar; mi pequeña alcoba parece reír...

Apoyada en la ventana, contemplo el jardín: allí las tímidas violetas juntan sus pétalos y se duermen cobijadas por verdes hojas; los pálidos no-me-olvides parecen sentir un frío intenso, cual el frío que siento en mi alma; se contemplan y también se duermen.

Y contemplando esas flores, siento en mi alma una nostalgia inmensa.

¿Qué fué mi infancia?... ¡Ah, mis días infantiles, días ligeros que huyeron veloces!... Creo haber soñado con una madre sin igual que me hacía entrever el cielo con sus besos de un amor sincero, de un amor purísimo; un sueño ha sido el que mi vida fuese feliz...

¡Oh, mi infancia!... Fué un soplo de brisa pasajera; fué flor de pálidos y delicados pétalos que el vendaval de los pesares ha arrastrado entre sus ondas polvorientas...

No me extraña que tanta dicha haya huido presto; ¡es así la vida!

Ayer, al verme triste, al encontrar en mi senda una espina punzante que destrozaba mi alma, no desesperaba, pues mi joven mente soñaba con un porvenir sembrado de rosas y jazmines...

Mas, hoy ha llegado ese futuro, no con la fragancia de aromadas flores, no con la luz fúlgida de un amanecer, sino envuelto en tinieblas, rodeado de sombras...

Y al pensar en mi presente, al contemplar tristemente mi vida, pienso que el futuro será mejor... ¡Quizás me equivocó!...

La tarde es triste, triste como mi alma; el cielo está obscuro, cual mi vida.

Las flores ya duermen entre la sombra de sus hojas verdes.

Las golondrinas ya se han ido dejando abandonado sus nidos solitarios. ¡Felices ellas!... ¡Pobre almita mía! Ella no puede huir del invierno de la vida.

QUIMERA

GALERIA DE PENEAS



Alfonso Celéry M.

GALERIA DE PENEAS



Berta Rochet A.

CRONICA LITERARIA

Como estamb anunciado, el sábado 22 de mayo sesiónó la "Academia Literaria Liceo número 4".

Los variados números del programa se efectuaron con toda corrección y entre ellos destacaron algunos—como la declamación de la profesora de inglés del establecimiento, señorita Berta F. de Johnson—que merecieron sinceros aplausos.

La ex-alumna del liceo, señorita Marta Soto, estudiante de Pedagogía, leyó un trabajo inédito sobre "La mujer en la historia" en que dió a conocer elocuente y detalladamente la actuación de ésta en todos los tiempos.

Las señoritas Albertina Troncoso y Matilde Elies leyeron los trabajos originales "El otoño" y "El 21 de mayo", respectivamente, que demostraron a la concurrencia, en la primera una profunda inspiración poética y en la señorita Elies, un conocimiento perfecto de los hechos históricos.

Una estudiantina formada por alumnas del liceo amenizó con variadas melodías esta sencilla y significativa fiesta.

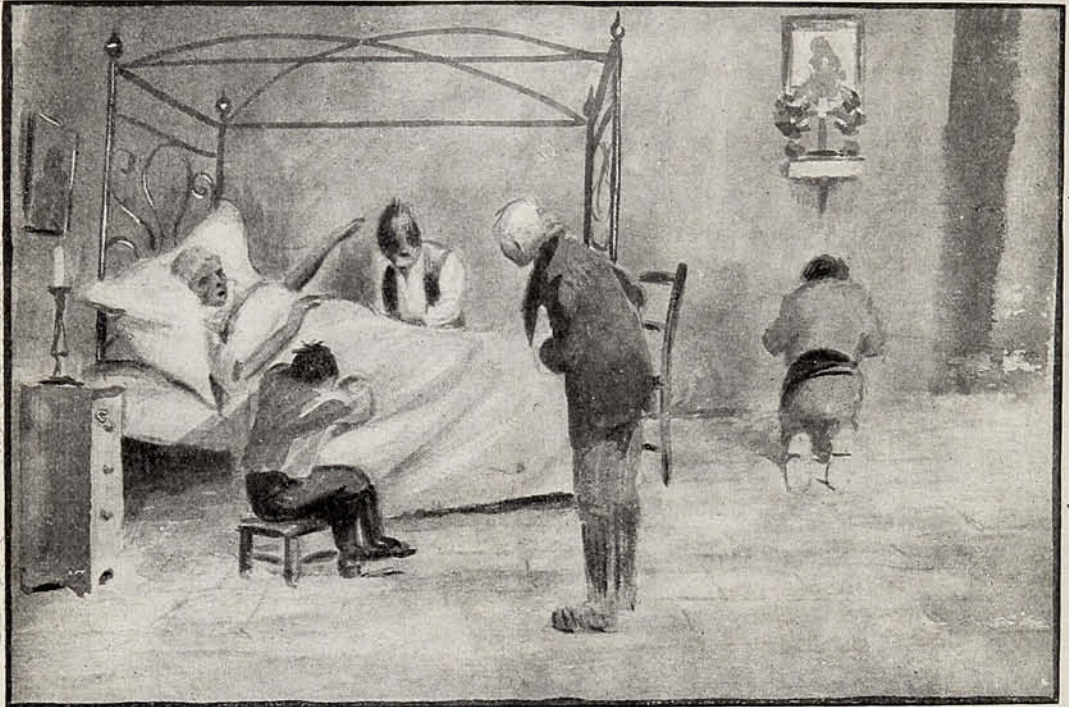
Para al próxima sesión se llevará a cabo por primera vez en este liceo la fiesta del libro, que no es de dudar, encontrará favorable acogida entre las socias por cuanto significa una innovación hecha hasta hoy día sólo por el Liceo Santiago y que reportará excelentes frutos, no sólo a las socias, sino a las profesoras y alumnas en general.

La iniciativa de esta fiesta obtuvo el apoyo del directorio que con un entusiasmo sin guá! trabaja en pró del adelanto y engrandecimiento de esta institución que cuenta sólo dos años de existencia y que está destinada a llenar una necesidad largamente sentida

EX-ALUMNA

LA MARAVILLA DE CHILE

(Leyenda del Norte, por E. Blanco).



Este era un pobre campesino que vivía con sus hijos cultivando unos terrenitos en el Norte.

En otra época, cuando aún el clima de aquella región no se había vuelto tan seco como es hoy en día, los campos de ño Pedro eran feraces sobre toda ponderación.

Contábase que, en esos remotos tiempos, mientras todavía el Rey de España mandaba en el país, crecían allí árboles y plantas tropicales. Había entonces plátanos por millares y la caña de azúcar verdeaba cual el trigo en los sembrados del Sur.

Por desdicha, en la época de esta historia, ya no se cosechaba caña dulce ni se comían plátanos amarillos ni rosados.

La eterna sequía lo había destruído todo. En San Nicolás (así se llamaba aquel desolado rincón del Norte) llovía por un par de horas cada cuatro o cinco años.

Se bebía agua de pozos salobre y mal oliente y en el cauce del estero (que, en otra época fué río caudaloso) en vez de agua sólo se veía piedra y más piedra.

La humedad de la camanchaca impedía, sin embargo, que el sol ardiente lo quemara todo.

Fiadós en ella ño Pedro y sus hijos sembraban un poco de trigo y de maíz, otro poco de papas y vivían con aquello, pobrememente a media hambre, desde el principio hasta el fin del año.

¿Por qué se encaprichaban en vivir en aquel peladero, lejos de todo pueblo, trabajando sin provecho ni esperanza?

¿Por qué?... Por cariño a ese pedazo de tierra en que habían vivido sus antepasados, pobres como ellos...

Porque, antes de morir, ña María, mujer de ño Pedro, dijo a su marido y a sus hijos: "Aquí está la suerte... Nadie se canse... nadie se vaya... Mañana seréis ricos".

¿Estaría loca aquella anciana?... ¿Qué riqueza podía esperarse en aquel valle que, año tras año, iba volviéndose más y más desierto?...

Pero ño Pedro y sus hijos, muy apegados ya a su terruño, se apegaron a él más, al oír las palabras de la moribunda.

Ña María repetía, en sus últimos momentos, la promesa: "Seréis ricos"... Cuando ya estuvo por dar el último suspiro, llamó, en presencia de todos, a Perico, el más joven de sus hijos y bendiciéndolo con especial cariño (pues era su regalón) díjole la anciana: "Tú eres la riqueza..."

Mucho respetaban la memoria de su madre aquellos niños, pero, al recordar las palabras de la moribunda, no podían dejar de sonreírse...

"¿Perico será la riqueza?... ¡Pobre mi madre!"—decía Juan, el mayor, mozo valiente, trabajador y áspero.—"Si Perico es un alma de Dios... Jamás sirvió pa ná... Aho-

ra bordea en los dieciséis y no es capaz de ganarse la vida... ¿Y será rico? ¿Y nos volverá ricos? ¡Pobre mi maire!..."

Igual decían los otros hijos y hasta a veces, reñían a su padre por causa de Perico.

—“Si es un flojo, paire—decían a menudo.—¿No ve Ud. que aquel muchacho nació pa futre?... Ni ara, ni cava, ni cuida el ganado. Al caballero le gusta pasearse por los cerros, recoger piedrecitas, tocar el flautín, comer y dormir... No gana ni las papas que se come...”

Y el anciano no se atrevía a decir palabra en defensa de Perico.

Porque, en verdad, a él también le parecía que el muchacho era flojo... requete-flojo.

—“Pero la finada lo quería tanto... tanto... Era la niña de sus ojos aquél chiquillo...”

Una noche los hijos mayores se le sublevaron.

Aquel año la sequía era horrorosa.

Trigo, maíz, chacras, todo, todo estaba perdido... La manada de cabras que tenían por ahí merodeando no hallaba ya maleza que roer. Los animales de puro flacos se debían morir a la sombra de los peñascos.

La hambruna era reina en San Nicolás y tras de ella la desesperación venía a tranco largo... La muerte no tardaría en asomar su calavera.

—¿Y ahora qué haremos?—dijo el anciano Peiro...

—¿Qué hemos de hacer? Correr a los flojos... pues... ¿Pa qué sirve aquí este zángano de Perico? Pá comer lo poco o nada que nos queda. Que se vaya!

—¿Que se vaya!... gritaron a una voz los hermanos.

—Pero, niños, ¿no véis que es un pobrecito?... La finada lo quería tanto...

—¿Que se vaya con su flautín a otra parte!... A ver si por ahí lo mantendrán de balde.

—¿No os acordáis de lo que dijo su maire, vuestra maire?

—Ja! Ja! Ja!...

Y aquellos jóvenes soltaron unas risas burlonas que hicieron asomarse las lágrimas a los ojos del anciano.

Perico miraba a su padre y con los ojos preguntaba: ¿Me voy?

El anciano callaba... Los hermanos cuchicheaban entre sí... Una gran desgracia parecía cernirse sobre esa casa de donde había huído el amor. Falta, mucha falta hacía allí la anciana madre...

Oyóse un golpecito en la puerta.

—¿Quién es? preguntó el anciano.

—Yo... la Rosita...

Entra.

Y entró una jovencita como de catorce o quince años, que llevaba dos cántaros.

Era Rosita, prima de los jóvenes...

Al ver los cántaros, calcularon que la niña venía a pedir agua.

—¿Agua pides?... Pues no hay... ¿No sabe tu madre que ya se secaron todos nuestros pozos?

—Y los nuestros también... Miren que en casa no hay ni una gotita de agua.

—Por esta vez te daremos un poquito, un medio cántaro... Pero ya sabes que no hay.

—Gracias, señor tío—dijo la niña y habiendo vaciado en su cántaro el agua que le dieron, saludó a todos y se fué.

—Me voy—declaró entonces Perico y sin añadir una palabra, se fué.

—Una boca menos... Así tal vez aguantaremos un tiempo más—dijo el mayor de los hermanos.

A poco andar encontró Perico a su prima.

En la noche oscura caminaron un rato sin decir palabra y cuando llegó Rosita al punto del camino de donde arrancaba el sendero para su casa, preguntó:

—¿A dónde vas?

—Arriba... Para arriba...

—Malo, malo. ¿Por qué no bajas hacia la costa?... Allí no se padece hambre ni sed. No son las gentes tan crueles como aquí. ¿Vamos?

—No... Arriba... Arriba... Ahí está la suerte...

Y se detuvieron silenciosos. Perico no vió



que en las mejillas de su prima corrían lágrimas.

—¿Tendrían razón sus primos? ¿Estaría loco?

Así pensó la joven, pero nada dijo. Por no quedar callada, preguntó luego:

—¿Querís agua?

—Sí, dame.

(Continuará)



PASATIEMPOS



CERTAMEN SEMANAL NUM. 202

SOLUCIONES

Charadas.—1. Alcachofa, 2. Peteroa, 3. Tolina, 4. Coliflor, 5. Atacama.

Logogrifo numérico. — 6. Arquitecto, 7. Alberto.

Adivinanzas.—8. La letra A., 9. La nación más activa del mundo es, indudablemente, **No-ruego.**

Anagramas.—10.—Manuel Rodríguez, 11. Manuel Linares Rivas.

★

SOLUCIONISTAS

De los once problemas.—Ninguno.

De diez.—Rostap Ordanyale, Mario Vélez Salinas, Raulito González Varas, Eugenio Larrañaga, Julio Vélez, Mario Raul Vélez, Eduardo Lasalle Peña, Enrique Zapata E.

De nueve.—John C. Raffles, Olga y Adda Carozzo, Alejandro Marticorena, Jorge Taulis B., Nobody.

De ocho. — Gabriel, Alfredo, Ester y César Leyton, Laura Cámos L., Daniel Castañeda M., Raul Laval de la H., Ana Luisa y Elsa Frida Niederaastroth, Humberto Fuentes C., Quidora y Sara Miranda C.

De siete.—Agau Predilecta, Víctor Caletitas, Bella-Violeta, Adriana Preusser Taylor, Atila

Gilabert Aguirre, Humberto Krumm A., Bella Olivera., Benigno Riquelme B., Ciro Rojas Wells, Jovina y Humberto Rubio.

De seis.—Carlos Altamirano Figueroa, María María Julieta Ruiga, Samuel Tapia, Abelardo 2.º Carreño P., Manuel Della Rosa, Tres Negritas, Manuel Valdés Sánchez, Enrique y Elena Cuevas Díaz.

De cinco.—Enrique 2.º Taylor, Julio Vega R., Alfonso, Salvador e Inés Rogat Díaz, Adrián Sepúlveda A.

De cuatro.—Osvaldo Montes M., Urbano Gutiérrez A., Otilia Barrios V., Teresa Etchevers V.

De tres.—María y Horacio Maturana Donoso. Zenobia y Guillermina Zúñiga Valdivia, Sara Elena Morales, Rafael Rafael Cangas Barrales, Ramiro Sánchez Cordero, Ricardo K. Fernández.

De dos.—Joseph Mac-Kourtney, Victoria Tagle de L., Ana Segura B., Chichigo y René Gatica, Elvira Rivanera González, Amelia Vega A.

De uno.—Nenita Cuevas R., Luis Alonso G., Guillermo Ferruz, Florentina B., Juan 2.º Muños, Pedro Valle, Roberto y Eduardo Aspé A., Parceval, Lavinia y Victorio Della Rosa.

Solucionistas atrasados.—Rosalia Díaz, de 4; Evanam Negrete, de 4; Roma N. González, de 4; M. Teresa Arellano R., Lucila Martínez, Hortensia y Raquel Zapata, Delia Segura, María Arévalo, Ana Lagos, Verónica Silva, Gustavo Sepúlveda, Augusto y Elisa Raposo, de 4.

GALERIA DE PENECAS



Napoleón B. Manterola del C.



Delia Ríos Rozas.



Rosa Eugenia Pacheco E.

CERTAMEN SEMANAL NUM. 204

CHARADAS

(8)

(1)

Segunda prima en la hoalatería; cuarta segunda, para el vestuario; quinta tertia, acción vergonzosa. Mi todo es un arteseano.

(2)

Prima, prima verbal, segunda tertia, en los cuerpos; cuarta tertia, fruta; quinta tertia, apellido. Mi todo un adorno.

(3)

Prima segunda, puerto; tertia, cuarta, prima (agregándole una letra) se insecto. Mi todo insecto.

(4)

Prima tertia, prenda de veestir; segunda pronombre. Mi todo para dirigir.

LUISA GONZALEZ.

(5)

Tercia prima dos, jerundio; segunda tertia dos, participio; cuarta, negación; una segunda, es poder; mi total instrumento de cuerdas.

ALVARO DEL SOL.

LETRA NUMERICA

(6)

- 1 2 3 4 5 — Apellido.
- 5 2 1 2 5 — En los colegios.
- 1 2 3 4 — Porción de agua.
- 1 4 — Complementario.
- 4 1 1 2 5 — Utiles domésticos
- 4 5 — Complementarios.
- 3 2 1 4 5 — Adornos.
- 3 4 2 1 — Adverbio.
- 1 1 2 3 2 — Herida.
- 3 2 1 2 5 — Nacionalidad.

LUISA GONZALEZ.

LOGOGRIFOS NUMERICOS

(7)

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Ciudad (nort. am.)
- 2 3 4 2 6 5 8 2 — Apellido.
- 4 5 6 7 4 9 7 — Nombre masc.
- 2 4 5 3 5 7 — Id. id.
- 6 5 4 8 9 — Apellido.
- 2 6 7 8 — Dios (extravagante).
- 3 7 2 — Río.
- 4 9 — Planta.
- 1 — Consonante.

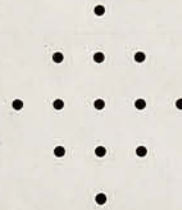
INES OLIVARI A.

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 — París.
- 8 7 6 9 5 6 0 9 7 — Futuro.
- 3 0 9 3 5 2 6 0 — En el cuerpo.
- 3 7 2 7 9 5 4 — En el Ejército.
- 6 7 6 7 8 5 — Muy útil.
- 7 4 7 2 5 — Nombre fem.
- 8 1 2 0 — Nombre fem.
- 3 1 4 — Apellido.
- 4 0 — Nota musical.
- 7 — Vocal.

AIDA MOLINA G.

(9)

ROMBO



Substituir los puntos por letras, d manera que tanto vertical como horizontalmente se lea: en primera línea vocal; en segunda línea, presa de la gallina; en tercera línea, nombre masculino; en cuarta línea adorno fmenino y en quinta línea, vocal.

RAULITO GONZALEZ VARAS.

ANAGRAMAS

(10)

LEA DESDE ROB

Formar con estas letras el nombre de una flor.

CARMELA ALVAREZ.

(11)

LIRA: CAYO AQUI UN BUQUE

Formar con estas letras el nombre de dos estaciones de los FF. CC. del Estado.

(12)

LA CAMISOLA DE TORRES Y O.

Formar con esta letras el nombre de dos medias nacionales.



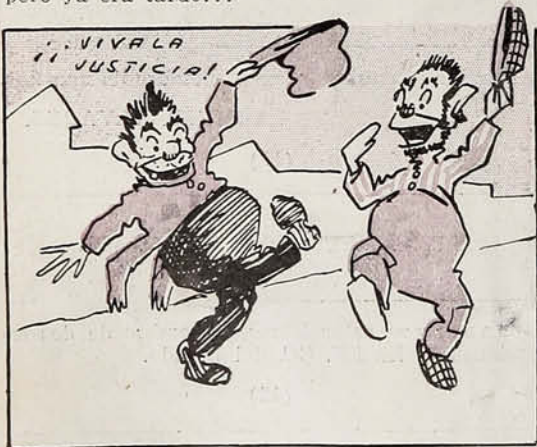
1. Llegando a la Comisaría respectiva, tuvieron que comparecer a presencia del cabo de guardia. Allí entraron temblando **Sabañoni** y **Buendeber**, y riendo a batiente mandíbula **Quico** y **Caco**. Los desgraciados presos alegraron en su defensa y acusaron como verdaderos pungas a los malhechores **Sinchapa** y **Mascapiedras**. Pero como los hechos hablaban de muy distinta manera, fueron condenados:



2. Paco, a ser lavado en lejía caliente y al despachero don Pietro, a ser azotado. Fué el primero llevado al fondo donde hervía el aseador elemento y se le sumió diez veces en él. A la décima zabullida vinieron a darse cuenta que en realidad estaban castigando a un compañero pero ya era tarde...



3. En tanto, al honrado comerciante se le azotaba despiadadamente por atentar contra la moral y pasear a horas desusadas en un traje muy cercano al que usaron nuestros primeros padres, **Eva** y **Adán**, en el **Paraíso**...



4. Y mientras tan tristes sucesos acontecían, los bribones ladronzuelos de **Quico** y **Caco** bailaban en una pata de puro contentos al ver el triunfo del Mal. "No es de otra manera, pensaban, cómo se aplica aquí la justicia..." Y, libres como el aire, les quedaba el derecho de divertirse, (a costillas ajenas, naturalmente).



5. Dirigieron sus pasos al abandonado despacho del italiano **Sabañoni** y se instalaron, como en casa propia, en el comedor del desgraciado dueño, que en aquellos instantes sufría cruel castigo. Comieron y bebieron con apetito y sed nunca vistos, y, entre sus rústicos brindis, no olvidaron ni a **Paco** ni a **Pietro**...

(Continuará)